

dijó: *Ha vencido, mas ha arriesgado demasiado*; y no le permitió que aceptase la corona de Albania y Macedonia que le habían ofrecido los Cristianos de aquel punto (1). La Cristiandad reconoció entonces por un instante su unidad, santificándola con milagros, atribuyendo la victoria á la Virgen, cuyo rosario se rezaba en aquella época por todos los fieles, perpetuándose con una fiesta anual la memoria de aquel suceso y de aquella devocion.

CAPÍTULO XXIII

Países Bajos. — España. — Portugal.

Cárlos V á imitacion de Fernando el Católico, buscó en la conquista de Italia la superioridad sobre Europa, y por lo mismo dió preponderancia á las armas de España y sofocó su libertad. Una vez separada del imperio, procuró la España conservar su superioridad, no solo apoyándose en sus fuerzas exteriores, sino en su ventajosa posicion y en su propio genio. Pero Felipe II, á quien su padre habia intentado en vano infundir sus ideas de predileccion respecto á los Alemanes y los Flamencos, nunca los prefirió á los Españoles. Léjos de participar del genio cosmopolita que distinguia á su padre, se mantuvo Castellano puro, solo hablaba su lengua natal, y no admitió otra religion ni otras constituciones que las españolas. Heredero de medio mundo, fué por espacio de cuarenta años de prosperidad en prosperidad: tuvo consejeros de portentosa habilidad política, capitanes de reconocido genio y valor, una numerosa infantería y una brillante marina; en todas partes batió á los insurgentes, conquistó á Portugal y alcanzó dos grandes victorias sobre los Turcos y los Franceses, la de Lepanto y la de San Quintin: sus colonias le mandaban inagotables tesoros, y durante su reinado sonrió á la literatura nacional el siglo de oro. Sin embargo de todo esto, en su reinado comenzó á declinar el Austria, y á prepararse la ruina de España.

No pensaba en la monarquía universal, sino en turbar la paz de los reinos, mas bien por el deseo de turbarla que por el afán de conquistarlos; el pensamiento de hacerse absoluto dentro y fuera, no solo con la fuerza de las armas, sino con las astucias políticas, es causa de que la historia nos le presente como el azote de todas las libertades, y el fomentador y cómplice de todas las tentativas de despotismo. Los millones adquiridos con torrentes de sangre americana los esparcía en Alemania, en Francia y en Inglaterra para comprar otros torrentes de sangre cristiana. Creyó que era fuerte porque era obs-

(1) En Venecia se celebraron fiestas muy solemnes. Todo el pórtico de Rialto, en donde se hallaban los comerciantes, fué adornado de telas azules y encarnadas; las tiendas con armas y despojos turcos, entre los que se exponian bellas pinturas de Gianbellino, Tiziano, Pordenone, Giorgione y Rafael: tambien habia arcos, banderas, adornos, hachas, candeleros y grandes linternas. SANSOVINO, *Venecia, ciudad muy noble y singular*, lib. X.

tinado; se defendió de sus remordimientos haciéndose devoto, y entendió el deber á su modo. En la independencia religiosa vió herida la majestad; su principal aliado fué la Inquisicion, cuyos rigores se creían justificados ó excusados con los males que la herejía ocasionaba en Francia y Alemania. En un auto de fe, á que asistió, respondió á uno de los condenados que afeó consintiese tan bárbaro suplicio: « *Si mi hijo fuera hereje, se lo aplicaria.* »

Su afán de introducir en todas partes la Inquisicion produjo el levantamiento de los Países Bajos, que es sin duda el acontecimiento mas importante de su reinado. El nombre de Holanda (1) indica por sí mismo la naturaleza de aquella region formada en las llanuras que conducen al mar de Alemania y en muchos puntos situada bajo el nivel del mar. El hombre, pues, nace en ella destinado á luchar continuamente con la naturaleza, ya conduciendo el agua por numerosos cauces para que fecunde sus arenas, ya oponiendo robustos diques al Océano, que aun estando en calma, se agita á mayor altura que los tejados de sus industriosas aldeas. Vivese por tanto en Holanda como en una ciudad sitiada, cercada de centinelas, que al menor rugido del terrible elemento hacen una señal para que se cierren las puertas y se ponga en salvo la vida. Apenas trascurre un año sin que se rompa algun dique: al grito de alarma, al toque de las campanas, difúndese la desolacion por toda la campiña, y causa pena ver á unos conducir dentro de sus naves, sobre sus casas y jardines los objetos queridos que esperaba ver prosperar en ellos, mientras otros hacen frente á la devastadora calamidad; y durante el dia desafiando los ardores del sol, y durante la noche á la luz de mil antorchas, se ocupan en crear nuevos medios de defensa para encerrar al Océano en sus antiguos confines, disputándole palmo á palmo aquellos terrenos sobre los que pesa una continua amenaza.

Diques inmensos atraviesan el territorio sirviéndole de caminos construidos de piedras y troncos en un país en que no hay rocas ni plantas. Por otra parte, las avenidas de arena invaden los terrenos, y el hombre las detiene con las plantaciones. La abundancia de nombres que terminan en *dyck* y en *dam* indican los sitios en que acostumbraba á detenerse el agua; llaman *broeksel* á un pantano, y no era otra cosa la isleta del Senna, en la que un obispo de Árras, en el siglo VIII, construyó una capilla, que llegó á ser despues la ciudad de Brusélas. En época anterior á 1048, dice Luis Guicciardini, se estipulaba en los contratos de venta que quedasen sin efecto si el mar se llevaba el suelo antes de diez años. Tres ó cuatro veces cada siglo ocurría una inundacion, dejando lagos donde habia jardines, islas donde se balanceaban los navios; del año 516 al 1273 sufrió el terreno cuarenta y cinco sumersiones: en la

(1) *Holland*. vasis hondo.

de 1287 perecieron ochenta mil hombres; el 18 de noviembre de 1421 el mar se derramó sobre una llanura, sepultando bajo sus aguas setenta y dos aldeas y cien mil personas: en el sitio que ocupaba la ciudad de Dordrecht no quedó mas que alguna que otra isla; en 1570 se anegaron cien mil; pero desde entonces puede decirse que los Holandeses dominan al mar á pesar de las inundaciones de 1659 y 1718. En 1776 se abrió enteramente un paso de cien piés en la Frisia, y se emplearon para componer los rompimientos todas las velas de los buques destinados á la pesca de la ballena. Del 3 al 4 de febrero de 1825 acaecieron nuevos desastres, y mas de treinta arrabales de Güéldres y Frisia sufrieron gran detrimento, pues la inundacion cubrió de cuatro á cinco mil arpentas de terreno, y se asegura que perecieron cincuenta y dos mil personas.

Estas frecuentes desventuras desarrollaron entre los Holandeses el espíritu de asociacion y de socorros mutuos, y los labradores, reducidos á la miseria de resultas de las inundaciones, hallaban al punto un generoso apoyo.

Sobrios en extremo, moderados, amantes del trabajo, instruidos, y por esta razon poco inclinados á los delitos, enemigos del lujo y de toda profusion inútil, aman la limpieza y gozan en la recoleccion de flores y objetos raros; saben sacrificar lo presente á lo porvenir, por lo que emplean grandes capitales en empresas de resultado lejano. Uno de los rasgos característicos que distingue á los Holandeses de los demas pueblos de la moderna Europa, es su constancia adquirida en la desgracia, ó mejor dicho, su obstinacion, su intrepidez para obtener, y su perseverancia para conservar: el mar, que es su terror, produjo su poder, y se dispusieron á dominar hasta las extremidades de la tierra.

Algunos accidentes les ayudaron á prosperar, y uno de los mas importantes fué el descubrimiento del carbon mineral, debido á Houlloz en 1198. Beukeltz, Flamenco, se hizo acreedor á que se le levantara una estatua por haber enseñado en 1416 el modo de salar los arenques, riqueza de aquella costa, para poder proveer de ellos á todo el mundo. En 1282 una revolucion natural separó la Holanda Septentrional de la Ostfrisia, al principio separada solo por un lago, cortado por un brazo del Rhin; el cual, empujado por el mar del Norte, sumergió todas las tierras por la parte septentrional del lago, que es hoy el golfo conocido con el nombre de Zuydersee, á que debe Amsterdam su fortuna.

Tan terribles como las físicas fueron las agitaciones políticas. Los gobernadores puestos por los sucesores de Carlo Magno se hicieron independientes con el nombre de condes de Holanda y de Flándes, duques de Brabante y de Güéldres; se emanciparon ademas el obispado de Utrecht y la Frisia, que formaban casi un reino. Una gran parte de los Países Bajos pertenecia al antiguo reino de Lotaringia, por lo que fueron incorporados á la Alemania, hasta que los duques de Borgoña los separaron de ella. Felipe

el Atrevido, hijo de Juan I de Francia, heredero del ducado de Borgoña, casó con Margarita, hija de Luis II, último conde de Flándes, de modo que heredó el dominio de este país, de Artois, el Franco Condado, Nevers, Rethel, Malinas y Ambéres: su sobrino Felipe el Bueno compró despues el condado de Namur, heredó los ducados de Brabante y Limburgo, obtuvo por tratados de Jacoba de Baviera el condado de Hainault, Holanda, Zelanda y Frisia, y por convenio con la princesa Isabel, sobrina del emperador Segismundo, ocupó el Luxemburgo, al que Cárlos el Temerario añadió el condado de Zutfen.

Holanda, que aparece desde un principio como altamente caballeresca, dió el primer rey á Jerusalem y el primer emperador cruzado á Constantinopla. Pero despues sucumbió el feudalismo ante la nobleza mercantil, y las ciudades colmadas de privilegios para debilitar el poder de los señores, cifraron sus glorias en el comercio. En un solo dia, el año 1468, entraron cincuenta naves mercantes por el puerto de la Esclusa; quince compañías de comercio se establecieron en Brújas, sin contar las factorías anseáticas. Cuando en tiempo de Maximilano de Austria diez años de bloqueo inutilizaron la Esclusa, adquirió gran importancia Ambéres, que con su rio capaz de dar cabida á naves del mayor porte, llegó á ser la ciudad mas comercial de la Cristiandad, y todos los años tenia dos ferias de sesenta dias cada una. Abierto este nuevo derrotero al comercio, los Portugueses hicieron de Ambéres el emporio de sus frutos, que los Italianos acudian á comprar, en tanto que los Anseáticos los proveían de géneros del Norte; de modo que la ciudad contaba ya cien mil habitantes, recibia todos los dias trescientos buques, todas las semanas dos mil carros de Alemania, Francia y Lorena, y hacia en un mes mas negocios de bolsa que Venecia en dos años. Agregábanse al comercio las manufacturas de telas, franjas, y varios efectos de orfebrería; de modo que Holanda llegó á ser el país mas rico y mas poblado; alguna de sus ciudades podia armar hasta veinte mil hombres; y en el siglo XV contaba con trescientas cincuenta y ocho ciudades, de las que doscientas estaban amuralladas, y seis mil trescientos pueblos con sus torres ó campanarios, siendo así que en tiempo de los Romanos, apenas se componia de doce arrabales y algunas tiendas.

Al lujo uníase la templanza; y era allí, como es aun, una manía la limpieza, el afán de tenerlo todo lustroso, todo floreciente. Cuando Felipe el Hermoso hizo su entrada en Brújas, su mujer, maravillada y hasta celosa de los magníficos trajes que lucian aquellas honradas mujeres, exclamó: « ¡Cómo! yo creía que no habia » en mis reinos mas reina que yo, pero aquí » las hay á cientos! » Margarita, mujer de Enrique IV, quedó atónita al ver en el palacio del obispo Erardo de la Marke, « tantos dorados y tantos mármoles que nada podia darse de mas delicioso y magnífico. »

1381.

1421.

1473.

Holan-

da.

Inundaciones.

1561.

1477. A tal grado de prosperidad llegaban los Países Bajos, cuando por el matrimonio de María, hija de Carlos el Temerario, con Maximiliano, refluieron en la casa de Austria once de sus provincias, esto es, los ducados de Brabante, Limburgo y Luxemburgo; los condados de Flandes, Hainaut, Namur, Artois, Holanda y Zelanda; el marquesado de Ambéres y el señorío de Malinas. Felipe, hijo de aquel matrimonio, y Carlos V, hijo de Felipe, les agregaron la Frisia, Utrecht y Ober-Yssel, Güéldres y Zutphen, Groninga y Cambrai; despues Carlos unió á ellos el Franco Condado, formando el círculo de la Borgoña; y mandó por una pragmática que fuesen indivisibles, poniéndolas bajo la proteccion del imperio con obligacion de respetar la paz general, aun cuando quedasen como soberanías libres, independientes de la jurisdiccion del imperio y de la cámara.

1559

Aunque estaban gobernados por un *stathouder* ó vicario, era débil el lazo que unia entre sí á estos países, pues cada uno tenia sus Estados propios, regidos de diferente modo; sin embargo, estaba mandado que todos enviasen representantes á los Estados Generales. Habíanseles concedido muchos privilegios, entre otros el de no dar alojamiento á tropas extranjeras. Orgullosos con semejantes prerogativas, á duras penas se resignaban á soportar el dominio de España; por lo que Carlos V, que conocia la importancia de los Países Bajos, y amenazaba á Paris con meterle en su *guante* (Gante), decia: « *Mi país será rico, interin las mujeres de Flandes tengan dedos*; » pero aunque en el catálogo de sus victorias le colocaba en primer lugar y le visitó diez veces y aparentó preferirle á la nobleza castellana, cada día que pasaba le parecia mas difícil tenerle á raya, y sofocar los lamentos que arrancaba la enormidad de los impuestos, que llegaron á ascender á 40,000 escudos de oro.

1550.

Introducíanse en tanto con el tráfico las ideas de los innovadores; Edgardo, conde de Ostrisia, dió á conocer desde el principio los escritos de Lutero, que tan brillante acogida habian merecido de otros príncipes; además la necesidad de poblacion les obligó á abrir las puertas de sus ciudades á los protestantes, que emigraban de otros países. Carlos, sin embargo, se sobresaltó, y olvidando la tolerancia empleada en Alemania, prohibió tener y leer las obras de los herejes, predicar sobre textos bíblicos ó interpretarlos sin autorizacion, todo bajo pena de muerte, añadiendo que sus empleados prestasen apoyo á la Inquisicion. Cuentan que hasta 1560, hizo quemar, ahorcar, ó enterrar vivas á cincuenta mil personas; pero aunque se indican sus nombres y sus circunstancias, no vacilamos en creer que es una exageracion; se conservan, no obstante, sus severísimos edictos, cuyos efectos fueron los de costumbre, aumentar el número de prosélitos y arrastrar á punibles excesos. Los anabaptistas y otros fanáticos turbaban el general reposo, y los comerciantes alemanes é ingleses huían atemorizados de Am-

béres y de otros puertos, hasta que María de Austria, hermana de Carlos V y regenta en su nombre (1531-55), propensa á la novedad, consiguió que los extranjeros y comerciantes estuviesen á cubierto de los tiros de la Inquisicion.

Continuó, pues, siendo execrado el nombre de Carlos V en aquellas provincias, si bien no pensaban aun en rebelarse, en atencion á que á su poder se debía el engrandecimiento del comercio, la apertura de todos los puertos del mundo, la destruccion de la preponderancia de los Anseáticos en el Báltico, la union con la Borgoña, que les habia colocado entre las mas poderosas monarquías de Europa, y la represion de las discordias civiles que por tanto tiempo habian dividido el Güéldres y la Frisia, Utrecht y Groninga. Carlos, además, era Flamenco, de modo que su gloria redundaba en gloria de su país; y nosotros mismos estamos viendo cuántas opresiones hace tolerar la gloria.

1530.

Cuando Carlos abdicó en su hijo Felipe II, pasó á gobernar los Países Bajos Margarita, hermana natural de este y duquesa de Parma, bajo las inspiraciones del ministro Antonio Perrenot de Granvelle, obispo de Arras, hombre de tanta capacidad como altanero y déspota. En 1522 habia Carlos V establecido en el Brabante un inquisidor lego, asistido de algunos eclesiásticos; Clemente VII se reservó el derecho de enviar tres de estos, pero Paulo III los redujo á dos, que no debian ser ni extranjeros ni Dominicos: las decisiones de este consejo parecieron menos arbitrarias, lo mismo que menos reservados los procedimientos; y es que muchas veces el nombre hace mas que la cosa. Felipe quiso plantear la Inquisicion á la española, y al ver que las ciudades se oponian abiertamente á semejante medida, envió un cuerpo de ejército extranjero, levantó un empréstito para sostenerle, y advertido de que le retirara como contrario á la constitucion del país, buscó un medio de rehuir la cuestion confiando su mando á Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, gobernador de Utrecht, Holanda y Zelanda, y al conde de Egmond, gobernador de Flandes y Artois, y uno de los que mas se habian distinguido en la batalla de San Quintin. Estos rehusaron admitir, y se pusieron al frente de la oposicion; Egmont era franco, sincero y estaba hecho para la guerra; Orange, ocultaba bajo una apariencia vulgar un alma fuerte, que esperaba una ocasion propicia para revelar su grandeza.

Á pesar de que á la nobleza holandesa debia Felipe todas sus victorias sobre Francia, la atormentaba y la humillaba de continuo; acostumbrados los nobles al lujo, se arruinaron por servir á Carlos V, y restablecido el imperio de la paz, se vieron pospuestos á los ciudadanos ricos, y al mismo tiempo atropellados por el rey. Además, Felipe creó diez y siete obispos, de tres que habia, diseminando de este modo los abades, y aumentando los tribunales de la herrejía, para cuyos cargos nombraba á quien le parecia mejor, é hizo que Granvelle fuese decla-

rado cardenal y el arzobispo de Malinas primado de los Países Bajos. Ni á Católicos ni á protestantes se ocultó que todo esto tendia á establecer un gobierno espiritual, copia del de España; les ofendia que para servir los empleos públicos solo se echase mano de los Españoles: se elevó á Margarita una exposicion suscrita por cuatrocientos caballeros, en la que se lamentaban en nombre de los eclesiásticos de la creacion de nuevos obispos; en nombre del pueblo de los excesos de la Inquisicion; en nombre de los comerciantes de las causas que producian la ruina del comercio, y en nombre de unos y de otros de que se vilipendiasen de tal modo sus constituciones. Sus quejas fueron desatendidas, pero no olvidadas, y los *rederyhers*, sus poetas populares, comenzaron á difundir el odio contra el mal gobierno.

En medio de estos acontecimientos, los reformados publicaron su profesion de fe dividida en treinta y siete artículos, con tendencias al calvinismo, en la que si bien admitian como cierta la presencia de Dios en la hostia, en cambio proclamaban la igualdad entre sus ministros; en vista de esto, los citados Orange, Egmont y el almirante Felipe de Montmorency se unieron para hacer cruda guerra á Granvelle. Es verdad que continuaban protestando de su fidelidad á España; pero Felipe que apenas se cuidaba del comercio, y tomaba por rebeliones las quejas, se obstinó en no retirar su confianza al cardenal; por lo que Orange, Egmont y Montmorency declararon que no asistirían mas al consejo de Estado, para que no se les creyera instrumentos de semejantes tiranías. Fuerza era, pues, que Felipe separase al cardenal, pero en cambio ordenó la plena ejecucion del concilio de Trento y de las leyes inquisitoriales de su padre. « *Prefiero, decia, perder los súbditos á reinar sobre herejes*; » con lo que repudiaba las opiniones protestantes, tanto mas previendo, como preveía, que la mas mínima cosa que concediera á los Holandeses, tendria despues que concedérsela á los Españoles. Así gobernaba con crueldad sistemática, desaprobando la conducta de su padre y la de Francia, que obraban de distinto modo. De aquí que llegara á decirse que la reina de Francia é Isabel de España habian convenido, en su entrevista en Bayona, en el exterminio de los protestantes, y adoptado los medios de llevar á cabo su propósito.

1565.

Fuese esto cierto ó no, el príncipe de Orange firmó en union de doce nobles un compromiso que tendia á asegurar la libertad nacional, al que no tardaron en adherirse otros muchos nobles, Católicos y reformados. Reinó gran animacion en la asamblea que al efecto se celebró, y salieron de ella para Brusélas, unos con uniformes, otros en su traje habitual, y se presentaron á Margarita en solicitud de que se suprimiera la Inquisicion. De resultas de haber dicho Barlemont á la regenta: « ¿Qué miedo pueden inspiraros esos *descamisados*? » de *gueux*, mendigos, tomaron este nombre, y adoptaron por

distintivo una medalla de oro que por un lado tenia el busto del rey, y por otro unas alforjas sostenidas por dos manos y el tema: *Fiel al rey hasta las alforjas*. Otras en vez de alforjas tenian una escudilla de madera pendiente de una cinta de plata, á la que despues puso Egmont el lema: *Concordia res pava crescunt*.

Felipe estaba demasiado léjos de sus súbditos para poder apreciar sus necesidades: era demasiado obstinado para detenerse á meditar sobre sus reclamaciones; y por último, daba demasiado valor á la máxima de José II « que el fuego de la rebelion solo puede apagarse con sangre. » De modo que creyó rebajada la dignidad real cuando supo que la duquesa habia determinado que se colgase á los herejes en vez de quemarlos. ¿Habia longanimidad que no pudiera cansarse? Los reformados, sin desistir de sus esperanzas, pupulaban por todas partes; muchos de ellos estaban armados, y residian en Ambéres; culpaban al Cielo de los males de que eran autores los hombres; destrozaban las imágenes y las cruces; devastaban los conventos, y en un solo día dieron en tierra con cuatrocientas iglesias, entre ellas la maravillosa catedral de Ambéres que tenia setenta altares (1).

Avergonzaronse de semejantes excesos los Católicos del compromiso; y Margarita, fomentando las animadversiones, se decidió á debilitar la oposicion, y á revestirse de fuerza y severidad. Ya se decia que un cuerpo de ejército habia salido de España con direccion á aquellos Estados; pero los luteranos negaron su apoyo á los sublevados, porque profesaban opiniones distintas, de modo que Orange se retiró, Egmont se reconcilió con la corte, y cien mil ciudadanos buscaron un refugio en Alemania é Inglaterra llevando consigo sus industrias; Felipe pudo lisonjearse de haber restablecido el orden y la religion.

Pero de resultas de la emigracion el país quedó deshabitado, el comercio apenas daba señales de vida, y Margarita se vió en la precision de pedir consejos á España. ¿ Los recibiria templados, ó severos? Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, indicó á Felipe que el temor era lo único que habia sosegado los ánimos; no tardó en volver á estallar el incendio; y entónces ya se determinó reprimirle severamente. Aunque la regenta no veía en estos trastornos el principio de una guerra larga y terrible, el duque de Alba reunió en Génova

Duque de Alba.

(1) FAM. STRADA. *De bello belgico decades*; aunque jesuita y parcial bebió en buenas fuentes, y corrigió á los protestantes, entusiasmados en sentido opuesto.

EVERARD VON REYD. (Reidani), *Ann. belgici*.

WIQUEFORT, *Hist. des Provinces-Unies*.

WANDER WYNCKT, *Troubles des Pays-Bas*, obra escrita en presencia de los documentos sacados del archivo de Flandes: solo se tiraron de esta obra seis ejemplares.

BENTIVOGLIO, *Della guerra di Fiandra*. Siendo nuncio apostólico en Flandes, 1608-16.

LUIS CABRERA DE CÓRDOBA, *Hist. del rey Don Felipe II*. Madrid, 1749.

ROB WATSON, *The history of the king Philippe II*. Londres, 1777.

SCHILLER, *Hist. de la sublevacion de los Países Bajos*.

ocho mil setecientos ochenta infantes y mil doscientos caballos, acostumbrados á vencer á los Italianos, y tres mil seiscientos Alemanes que en nada les cedían; eligió para ayudante de campo á Chiapino Vitelli, y para jefe de artillería á Gabriel Serbelloni, y entró en Bruselas con tan amplios poderes que Margarita dimitió la regencia.

Era Alba uno de esos grandes hombres que enaltecen á España; excelente capitán, sin segundo en el arte de acampar, pródigo de su propia vida cuanto avaro de la de sus soldados, severísimo en el cumplimiento de la disciplina, inalterable en el peligro, parco en responder, invariable en las resoluciones, hábil en extremo para conducir una intriga, altivo, ajeno al terror y á la piedad, ni avaro ni liberal con los inferiores, despreciador de sus iguales, y poco reverente con los superiores: Carlos V y Felipe II le aborrecían, y eso que tantos servicios les prestaba (1). « Conviene pescar salmones y peces grandes, decía, no truchas y sardinias; » y consecuente con sus máximas invitó á comer á Egmont y al almirante conde de Horn, los hizo arrestar, nombró un tribunal, cuyo presidente era él, para que procesase á cuantos hubiesen tomado parte en las turbulencias, ó no las hubieran reprimido, ó hubiesen formado alguna representación en contra del Santo Oficio, ó recibido en su casa predicadores reformados, ó dicho que se debía obedecer á Dios antes que á los hombres. Las sentencias solo se diferenciaban en que unas eran horca y otras fuego, unas galeras y otras destierros, y (¡ decreto sin ejemplo!) la Inquisición de España, la Inquisición en que Felipe II depositó su confianza, declaró reos de herejía y por tanto de lesa majestad á todos los que no fueran nominalmente exceptuados.

(1) « Este gran capitán unía á un nacimiento distinguido inmensos bienes, ojos vivos pero severos, mirada segura y á veces terrible, apostura grave y continente austero, aire noble y cuerpo robusto, discurso mesurado y silencio elocuente. Era sobrio, dormía poco, trabajaba mucho, y despachaba por sí mismo todos sus negocios. Su infancia fué razonable: la edad madura no atrajo sobre él el ridículo ni la debilidad: el tumulto de los campamentos no le hizo disipado, y en medio de la licencia de las armas se hizo hombre político. Cuando emitía su opinión en el consejo, ni adulaba á los designios del rey, ni á los intereses de los ministros, declarándose siempre por el partido que creía más justo. Si no infundía probidad á cuantos le escuchaban, á lo ménos no les seguía en sus injusticias. Su intrepidez no se limitaba al día de acción; la desplegaba en todas partes, y sus amigos se estreñecieron más de una vez al oírle defender, con cierto orgullo, la memoria de Carlos V de las invectivas de su hijo Felipe II. Su casa tenía un aspecto de grandeza, que de ninguna había copiado, y que desgraciadamente ninguno imitó: le agradaban los jóvenes nobles que abrazaban la carrera de las armas ó de la política: sus protegidos ocuparon por espacio de mucho tiempo los primeros destinos de España y aumentaron su reputación. En los fastos de la nación no se halla capitán más hábil que él para sostener una gran guerra con pocas tropas, para destruir los mayores ejércitos sin combatirlos, para esquivar al enemigo sin ser sorprendido nunca, para adquirirle la confianza del soldado y sofocar sus quejas. Asegúrase que, en sesenta años de guerra, en diversos climas y con enemigos diferentes, en todas las estaciones, no fué jamás batido ni sorprendido. ¿Qué hombre como él, si no hubiese manchado tanto talento y virtud con una severidad tan excesiva, que á veces rayaba en barbarie y crueldad? » RAYNAL, *Histoire de la Stathouderat*.

Egmont y Horn figuran en el número de sus víctimas, no porque del proceso les resultase culpabilidad, sino porque era un ejemplo ilustre, y se demostraba que nada se temía; otros muchos personajes notables les siguieron ó precedieron; y el hijo de Guillermo de Orange fué mandado á España, donde estuvo veintiocho años preso. Su padre, á quien se temía porque sabía callar (1), encomendó su salvación á la fuga, preparó armas é invadió el país; pero los manejos diplomáticos del duque (1559) de Alba y la insubordinación de los Alemanes pagados que formaban su pequeño ejército, le obligaron á retirarse, dando pretexto á nuevos suplicios contra los que hacían votos por su triunfo. Flandes yacía en el silencio del terror.

Entonces Alba se propuso pasar adelante para exterminar de una vez á los reformados; construyó en Ambéres y Amsterdam fortalezas que acabaron de alejar el comercio; introdujo las leyes del concilio de Trento y la Inquisición; quiso establecer un impuesto de un décimo sobre los bienes muebles y un vigésimo sobre los inmuebles; pero el pueblo que había sufrido los asesinatos de sus jefes, se levantó contra este nuevo abuso, pues debiendo gravitar el impuesto hasta sobre las ventas al por menor, se multiplicaban los vejámenes, y le rechazó y cerró las tiendas. Alba hizo colocar en Ambéres su propia estatua en actitud de estar hollando los dos Estados de la provincia, y preparó nuevas horcas; pero Orange rompió el hilo de sus sangrientos triunfos.

No creamos que Orange era un patriota desinteresado. Se hizo republicano y protestante por alcanzar honores como Católico y cortesano no había podido conseguir; sin embargo, su genio salvó á Holanda, pues observador justo y perspicaz, supo dominar sus propias pasiones, conservando su moderación en medio del furor universal. En todas partes levantó enemigos contra España; excitó los celos de Alemania en contra de la ambición austríaca, y demostró á los reformados de todos los países lo útil que sería á su causa sostener á Flandes. Aconsejado por el almirante de Coligny que se hiciese fuerte en el mar, dió, como señor de Orange, patentes en corso á los nobles de los Países Bajos para que pudiesen capturar las naves españolas, cargadas de oro, á su vuelta de América; de modo que no tardaron estos *mendigos del mar* en apoderarse de inmensos tesoros, haciéndose temibles en el agua; su almirante Guillermo, conde de la Marck, llamado el Jabali de las Ardenas, tomó á Briel en la isla de Voorn, llave de aquellos mares. Esta fué la cuna de aquella república de pequeñas provincias pantanosas y amenazadas de continuo por el mar, que hicieron frente á uno de los más poderosos y entendidos reyes del mundo; y fundada su

(1) « *Ha sido preso el Taciturno?* preguntó el cardenal Granvella que estaba entonces en Roma. Le respondieron que no, y continuó: *Pues no se ha hecho nada.* »

libertad, cortaron primero los vuelos desmesurados de la casa de Austria, y después los de la de Borbon.

Las ciudades se declararon en favor de Orange, disponiéndose á acoger con los brazos abiertos á las tropas que venían á *libertarlas del diezmo*; en la primera reunión celebrada en Dordrecht fué Orange aclamado estatúder; tomó por sorpresa á Gertruidenberg, y alcanzó una victoria naval en el Zuydersee. El mal éxito de sus últimas empresas desprestigió á Alba, que ya entrado en años y faltó de salud pidió su relevo. Para probar su acierto en la administración de justicia, decía que en seis años había ajusticiado quince mil seiscientos herejes y rebeldes; Felipe premió sus servicios olvidándole.

Don Luis de Requesens, que le sucedió, era por el contrario dulce y moderado; mandó derribar la estatua de su predecesor, y prometió perdón, cuando la nación no lo necesitaba ya. No pudo cobrar impuesto alguno; fué derrotado en diferentes encuentros; cuando intimó la rendición á los defensores de Leiden, recibió esta contestación: « No la esperéis mientras oigáis ladrar un perro; y después que nos hayamos comido estos, nos comeremos el brazo izquierdo, en tanto que con el derecho lucharemos. » Deshechos los diques por Orange, hallaron muchos Españoles su tumba en el mar; y la ciudad, en premio y recompensa de su heroico comportamiento, obtuvo la universidad, que, con la de Ginebra, fué la segunda de los reformados. Los Moriscos y Judíos arrojados de España se refugiaron en los Países Bajos; los Judíos expulsados de Ambéres por el duque de Alba introdujeron en Rotterdam y Amsterdam manufacturas utilísimas, en particular las de alcañor y bórax, y los tintes; establecieron respetables compañías de seguros marítimos, y se construyeron naves hasta para los enemigos.

El inflexible gabinete de San Lorenzo se vió precisado á tener que tratar con los mercaderes de Holanda; pero no queriendo ceder en materias de religión, nada se adelantó. Se desunieron, sin embargo, las dos provincias emancipadas con motivo de la forma de gobierno que debía adoptarse; hasta que al fin se convino en que, durante la guerra, la supremacía civil y militar continuaria ejerciéndose á nombre del rey, con la sola condición de desarraigar el Catolicismo y consolidar la Reforma, sin perseguir por opiniones religiosas.

Muerto Requesens, que tan hábilmente dirigía la guerra, las tropas mercenarias, gangrena de toda guerra, se rebelaron en solicitud de sus sueldos; entraron á saco á Ambéres y á Maestricht, poblaciones de reconocida riqueza, en vista de lo cual todas las provincias pensaron en buscar en la unión la seguridad común; y los Estados y ciudades de Brabante, Flandes, Artois, Hainault, Valenciennes, Lila, Douai, Orchies, Namur, Tournai, Otrecht y Malinas, á las que no tardaron en unirse Frisia y por último Amsterdam, convinieron en prestarse ayuda

T. V.

mutuamente, para hacer frente á las tropas españolas, proveer á las necesidades de la religión, y volver la sociedad al estado en que se hallaba antes que el duque de Alba diera en tierra con ella. Don Juan, hijo bastardo de Carlos V, el vencedor de las Alpujarras y de Lepanto, tan pronto odiado como lisonjeado por Felipe II, no fué admitido por los Estados como su gobernador general, si no licenciaba las tropas extranjeras, y se adhería á la pacificación de Gante. Habiéndolo hecho así por medio del *edicto perpétuo*, le juraron fidelidad y le facilitaron dinero.

Pero Don Juan, que llevaba por enseña una cruz con este lema: *Con este signo vencí á los Turcos, con este signo venceré á los herejes*, bajo apariencias de paz aconsejaba á la corte de Madrid el rigor. Enorgullecido con la victoria de Lepanto, ambicionaba una corona; secundado por el papa, aspiró á conseguirla en Túnez, en Inglaterra y en los Países Bajos; y avezado á las expediciones imprevistas, cedió ante la política diestra y profunda del príncipe de Orange. Enrique de Francia mandó á este una violenta carta interceptada á Don Juan; los Estados le declararon traidor, y empujando de nuevo las armas ocuparon y desmantelaron las fortalezas, y nombraron ruward del Brabante al príncipe de Orange, con facultades de dictador. Volvió á estallar la guerra, y Don Juan, de quien sospechaba Felipe II que estaba de acuerdo con los Flamencos y los Ingleses para erigirse en príncipe independiente, murió ó fué muerto, y le sucedió Alejandro Farnesio, duque de Roma, que con sus tropas italianas había hecho en un principio grandes destrozos en los sublevados.

Felipe debía ya más de cuarenta millones de coronas á comerciantes españoles y genoveses; los *mendigos del mar* le arrebatában á cada instante algunos de los galeones procedentes de América, cuyos tesoros no bastaban á evitar una lucha continua con los pescadores de arenques; por otra parte, desconfiando como desconfiaba de los gobernadores de sus Estados y de las facultades que se veía precisado á concederles, los variaba á menudo, y con ellos el sistema de gobierno: de modo que al principio, cuando la firmeza era conveniente, los gobernó una mujer, y después, cuando la indulgencia era necesaria, los gobernó un hombre inexorable. El objeto de los Holandeses fué siempre uno solo, emanciparse: tenían por protectores todos aquellos en cuyas córtes compraba Felipe traidores; y los que eran víctimas de ellas llevaban á Holanda su valor ó su encono; por lo que los ejércitos se proveían sin detrimento del país. Desgraciadamente Católicos y reformados disientan á menudo, hasta que llegó á empeñarse una guerra civil entre los ganteeses, jefes de los reformados, y los Valones católicos.

Supo valerse de ella Farnesio, que tan hábil capitán como sagaz político, dirigía la guerra, á la vez que creaba un nuevo partido llamado de

Don Juan.

Facilitación de Gante.

1577.

1578.
1.º octubre.